Contar con el Arte

Contar con el arte para arrinconar la verdad
-Gyula Kosice-

Bajo el amparo de su auto acababa de regresar a casa. Aunque no era un hombre feliz ese día.

Restaba dejar caer la tarde, pensar en la cena, y terminar la jornada como transcurría desde hacía meses. La pesadez de las noticias, las supuestas urgencias, las deudas pendientes, era todo una nube gris que lo estaba borrando y apagando.

Con decisión de cambios, y para deshacer la rutina, salió a caminar. Caminar por inconsciencia, caminar solamente por el instinto de supervivencia de quien no sabe qué más hacer con su cuerpo, y con la desesperanza queriendo colarse en el pecho.

Entonces lo imprevisto, una raíz queriendo hacerse ver, y el tropiezo.

Se ve por distracción, o quizás por la necesidad de otra realidad que alivie la impotencia de los días difíciles.

Al alzar la vista, lo gris cambió. Frente a él, un viejo terreno vacío se estaba transformando en otra cosa. Donde otro solamente hubiera visto yuyos, escombros y abandono, un grupo de jóvenes estaba pintando un mural con colores naranjas, verdes, amarillos intensos, plantas de hojas gigantes, pájaros y arroyos.

Donde uno nada ve. Otro descubre belleza.

Se detuvo un momento. El olor de la pintura fresca se mezclaba con el perfume del pasto recién cortado de la casa vecina. Guardó y retuvo un instante ese aroma. Contempló más detenidamente los trazos, los colores que desafiaban la monotonía del barrio, y sintió una esperanza de alivio.

Se ve para resistir pensó, se ve porque la barbarie y los bárbaros pretenden convencernos de que el mundo solo es cemento, dinero, ambición y poder.

Apoyó la espalda sobre la corteza rugosa de un árbol, y por primera vez en semanas, respiró hondo. El aire entró limpio y a grandes bocanadas. Aquella pared pintada y ese grupo de artistas funcionó como un trampolín mental, una invitación a despegar y recordar que existe el amor, la amistad, los sueños, las utopías.

Se ve porque el arte, en sus formas más puras, tiene el poder de recordarnos que estamos vivos.

Ese mural, esa arboleda, ese olor a tierra mojada, no eran solamente observaciones o decorado. Eran los rincones, las imágenes y los paisajes que le daban identidad a su existencia.

Comprendió que esa ciudad, es su pueblo. Un espacio de contención que lo acaricia a la vuelta de la esquina, y que le responde el porqué de tantas cosas.

Retomó la marcha, miró hacia atrás y se le dibujó una sonrisa. Sacó el celular del bolsillo, vio las notificaciones pendientes, y lo guardó sin responder. Todo lo demás podía esperar.

Recordó un viejo poema de Sabines: “Pon una hoja tierna de la luna debajo de tu almohada, y mirarás lo que quieras ver”.

Caminó unas cuadras más. Una inscripción que llevaba ahí mucho tiempo, de repente se hizo visible para él. En la Casita de los Escritores de General Pico, un mural silencioso, gritaba desaforadamente a todos los transeúntes:

“Sin Poesía, no hay Ciudad”.

JORGE ERNESTO BRONER

GRAL. PICO, LA PAMPA